ALEJANDRO LODI

Astrología, conciencia y destino

La carta natal y el despliegue del alma

Kier

ALEJANDRO LODI

Astrología, conciencia y destino

La carta natal y el despliegue del alma

kier

Capítulo 1

UNA CARTA DE NAVEGACIÓN

Un símbolo es una forma exterior y visible de una realidad interior y espiritual.

Alice Bailey, *Los trabajos de Hércules.*

Distintas metáforas de una carta natal

Existen distintas formas de entender qué es una carta natal.

Podemos decir que, como *carta*, consiste en un *mapa*. Desde este modo de considerarla, la carta natal es, entonces, el mapa de un territorio muy concreto y definido. Nos presenta la geografía de un espacio preexistente a la experiencia de su recorrido. Ese espacio es tanto las características de la personalidad de un individuo como las circunstancias de su vida.

Aplicada a una vida humana, la idea de un territorio preexistente sugiere un carácter y un destino ya establecidos y, en ese sentido, literalmente previsibles e inalterables. Tal como se espera que suceda entre un espacio geográfico y el mapa que lo representa, la personalidad y las experiencias concretas de un ser humano deben coincidir con lo indicado en su carta natal. No puede haber sorpresas ni ambigüedades ni contradicciones.

No está mal considerar así la carta natal. Solo que ese territorio cartografiado (es decir, nuestra vida) resulta un tanto paradójico. Es cierto que ese territorio existe y que no podría ser otro distinto al representado en el mapa. Sin embargo, no es preexistente, sino que cobra existencia mientras es recorrido. ¿Qué significa esto? Nuestra vida es la experiencia que la conciencia tiene de ella. Nuestra vida se crea

mientras la vivimos. No tiene entidad previa ni está determinada en el pasado. Nuestra vida es la conciencia presente.

De esta manera, como mapa de un territorio, la carta natal es, metafóricamente, el de una ciudad que es construida mientras el viajero la recorre con su guía, un espacio que cobra evidencia sensorial mientras se lo experimenta y que responde fielmente a lo que la conciencia percibe de ese mapa orientador. No es el mapa de cualquier territorio, sino de *ese*. No obstante, no está hecho sobre un territorio ya existente, sino sobre uno que se revela cuando es transitado.

En este sentido, antes que a un plano que describe geografías, la carta natal se acerca más a una muy particular forma de mapa: una *partitura musical*. Es evidente que la música "está" en la partitura, pero no tiene existencia previa a su ejecución. La partitura guía al ejecutante de la música (no puede tocar cualquier cosa), pero el sonido (el territorio, la experiencia de la música) no es previo al acto de su expresión. Nuestra "música" está en la carta natal, pero es la conciencia quien la hacer sonar o, mejor aún, es *en* la conciencia donde se da a conocer.

También podemos decir que la carta natal es un *espejo*. La carta natal nos refleja. Cuando profundizamos en ella comenzamos a ver otra imagen de nosotros mismos, distinta a la que habitualmente nos representamos y con la que estamos identificados. Esa otra imagen es otra realidad. La carta natal como espejo nos devuelve (y nos hace conscientes de) una nueva realidad acerca de nosotros mismos y del mundo.

No obstante, entender la carta natal como espejo también implica una paradoja. Es cierto que, si estamos confundidos y desconcertados, el espejo nos refleja una imagen en la cual reconocernos. Lo que somos es misterio y la carta natal es una herramienta simbólica exquisita para intentar establecer un nexo con esa trama desconocida del ser, de la cual es un instante y cuyo despliegue tiene inscripto. No obstante, no es nuestra necesidad personal de descubrirnos al fin la que saca provecho de nuestra carta natal, ni los anhelos de nuestra personalidad individual los que se sirven de ella para lograr las instrucciones de nuestra felicidad. En verdad, parece como si una dimensión más profunda de la vida que nos anima –el alma– se valiera de ella para hacerse notar a nuestra conciencia, como si aquel espejo se ofreciera para que podamos tocar un secreto dulce que nunca terminaremos de entender o definir. Es decir, la carta natal nos ayuda a encontrarnos y, al mismo tiempo, no nos deja definirnos. La carta natal es un espejo que nos permite reconocernos cuando

estamos extraviados y que se esfuma o astilla en mil pedazos cuando creemos habernos encontrado.

Podemos ver la carta natal, también, en aquel *juego del lápiz, el papel y la moneda*. ¿Recuerdan aquella gracia infantil en la que poníamos una hoja de papel en blanco sobre una moneda y luego pasábamos un lápiz hasta que quedara la impresión del relieve de la moneda sobre el papel? Aquí, la moneda es la carta natal como símbolo de las cualidades del alma; es el potencial de todos los principios energéticos sintetizados en ese mapa. El papel es la sustancia material de los acontecimientos concretos de nuestra vida. Y el lápiz es la conciencia capaz de imprimir sentido a tales sucesos.

Existe la moneda, pero velada por el papel. Solo podemos saber su valor cuando el lápiz ejerce presión sobre la hoja. Del mismo modo, existe la carta natal, pero solo descubrimos su cualidad cuando nuestra conciencia la reconoce en los hechos de nuestra historia personal. La moneda transparenta su valor cuando el lápiz presiona sobre el papel que la cubre. La carta natal (la moneda) revela el simbolismo de los hechos de nuestra vida cuando la conciencia (el lápiz) percibe el significado de la experiencia concreta (el papel).

En la paradoja del juego, no podemos ver la moneda sino transparentada en el papel. La moneda tiene entidad de misterio y solo brinda información en el momento en que la acción del lápiz comienza a revelarla. Nunca podemos dar cuenta de la carta natal, no por falta de algún tipo de aptitud especial, por ausencia de talento o por insuficiente esfuerzo, sino porque su existencia solo cobra sentido en ese acto mágico de *transparencia* y *significado* del que es capaz la conciencia. Esa *conciencia que significa los hechos que vivimos* es el lápiz presionando el papel. Mientras el lápiz no presiona, el papel nada pone de relieve y la moneda permanece velada. Esto es, mientras la conciencia no significa los acontecimientos, estos se nos aparecen aleatorios, carentes de sentido, fuera de todo orden. Si la conciencia no está activa (lápiz presionando), el alma no se revela (moneda).

Pero quizás la metáfora más adecuada sea la de la carta natal como un *mapa de navegación*. En esa imagen, nosotros (nuestra conciencia) somos una barca y la carta natal, el mapa que nos guía en nuestra travesía en el mar, una vez que soltamos nuestro amarre al muelle (el cielo del momento del corte del cordón umbilical).

El viaje de nuestra vida no se desarrolla en un territorio preciso, seguro y previsible. La nave de nuestra conciencia recorre una sustancia misteriosa, sujeta a cambios

y alteraciones que responden a profundas corrientes oceánicas y al giro de los vientos, es decir, a fuerzas que superan el dominio de nuestras velas y timones. La carta de navegación –la carta natal– nos permite confiar en intenciones y propósitos que exceden nuestra voluntad y nuestra previsión. Nos provee de claves acerca de cómo atravesar una experiencia sujeta a lo impredecible, de cómo acompañar un movimiento que desborda nuestra posibilidad de control y, entonces, arribar a buen puerto.

La carta natal –como una carta de navegación– nos brinda seguridad porque nos anuncia que no somos ni nos pasará cualquier cosa. No obstante, al mismo tiempo, no nos indica definitivamente quiénes somos ni qué nos habrá de pasar. Describe nuestro viaje sin definir cuál es. Transparenta orientaciones oportunas sin anunciar puertos de llegada. Nos abre a sentidos sin permitir que nos cerremos a planes y objetivos.

La carta natal no es un fatal condicionamiento ni representa una autoridad que sanciona quiénes somos, qué debemos hacer y qué nos va a pasar. Cuando nos vinculamos con nuestra carta natal como con un mandato exigente e inapelable con el que debemos cumplir, nos extraviamos de su creatividad y le otorgamos la absoluta responsabilidad de nuestra vida: no podemos responder por nosotros mismos a los desafíos de nuestra existencia porque en la carta natal ya está establecido lo que debe ser.

Nuestro mapa de navegación aporta indicaciones, no instructivos. Incita a direcciones, no impone misiones. Es una guía que sugiere rumbos, revela órdenes. Atenta a nuestro discernimiento y a nuestras decisiones, la carta natal siempre los inscribe en un orden y en un sentido, a veces con rigor y a veces con gratificación, según cuánto nos hayamos alejado de o alineado con nuestra gracia. No juzga nuestras acciones ni sanciona nuestras conductas, sino que a nuestras acciones y conductas las contrasta con lo que en verdad somos. Confía en nosotros e inspira nuestra confianza en ella.

Las indicaciones de la carta natal se tornan impecables cuando nos reconocemos en esa dirección que traza el misterio que anima nuestras vidas, la fuerza de un propósito amoroso y cósmico que excede nuestro control personal.

Cielo y Tierra en correspondencia

Que el diseño del cielo sea análogo al diseño del carácter y del destino de un individuo es una evidencia que se sostiene en el *principio de correspondencia*. El arcano

axioma hermético: "Como es arriba es abajo". Somos la realización de un instante de la vida del cosmos. No estamos separados de la eterna actividad del universo. No somos "otra cosa". La energía de la vida necesita de la experiencia en la forma para expresar su cualidad. La forma concreta y sustancial necesita el rayo de cualidad que le da vida. *Energía* y *forma* son dos dimensiones de un único proceso, en necesaria y orgánica correspondencia. Responden una a otra de un modo simultáneo (no causal) y recíproco (no subordinado).

Por correspondencia, entonces, la psique humana se refleja en una más vasta. Lo psíquico no surge de la nada, no es una gracia exclusiva otorgada a la experiencia humana ni es su invención. Si existe una psique humana es porque se corresponde con una psique cósmica. El orden que transparentan las estrellas, con sus regularidades impecables, está en correspondencia con el orden de la experiencia en la Tierra. El concierto del sistema solar describe y guía el desconcertante acontecer de nuestras vidas humanas. No es un modelo de lo que debemos hacer ni es la causa de nuestras vivencias, sino una evidencia que se corrobora, una sincronicidad, un sistema de respuestas recíprocas y simultáneas.

Nuestra voluntad personal puede alinearse con esa reciprocidad correspondiente o tener la pretensión de desviarse de ella. No se trata de obedecer o resistir (plantearlo en esos términos revela el supuesto de una autoridad que impone modelos y dictamina debidas conductas). Se trata de afinar o no con una vibración energética. La carta natal, la percepción de un sentido convocante, contribuye a tal afinación con nuestra existencia y delata nuestras desafinadas aspiraciones. La carta natal señala un curso oportuno y expone el extravío de nuestros desvíos.

Profundizando en la clave psicológica, la carta natal deja en evidencia que cierta incomodidad y sufrimiento de nuestra vida es efecto de una "interpretación desafinada" de la matriz energética que nos constituye. Esto significa que, por causas históricas y condicionamientos heredados, la imagen de nosotros mismos que tempranamente forjamos –con los deseos, proyectos y expectativas de logro que la constituyen– representa una distorsión, un malentendido respecto a lo sugiere nuestra naturaleza. Esta distorsión y malentendido no es un error que algunos seres cometan y otros no. Es inevitable y, en ese sentido, una condición del viaje de la conciencia: todos los humanos despertamos a niveles creativos de nuestro ser a partir de descubrir lo que no somos.

Por cierto, tomar nota de nuestras distorsiones y malentendidos habrá de exigir la resignificación profunda de lo que creemos ser. Esto, antes que una mejora de nuestra identidad, representa una auténtica transformación personal. Ya sabemos que todos intentamos confirmar nuestras imágenes y, por lo tanto, nos resistimos a nuestras transformaciones. Solo las aceptamos cuando tocamos el límite del padecimiento tolerable. Antes de asumir nuestra "desafinada ejecución", es probable que intentemos convencernos a nosotros mismos y convencer a los demás de que, en verdad, es el "conjunto de la orquesta" el que está fallando. Antes de aceptar un cambio radical en nuestra postura existencial, congestionaremos nuestros vínculos con confrontaciones y la expresión de nuestro destino con reclamos.

La palabra *correspondencia* hace referencia a *niveles que se co-responden*, a niveles que responden unos a otros, en modo simultáneo. El diseño del Cielo se corresponde con el de la Tierra. El orden del macrocosmos con el del microcosmos. El sistema solar con nuestro sistema psíquico. Esos planos –siendo diferentes– no están separados, sino vinculados en una dinámica de relación que no se detiene.

Es este supuesto perceptivo el que sostiene nuestra mirada astrológica. Soy *identidad personal* y *destino*, lo que creo ser y lo que me ocurre, yo y mis vínculos. La astrología nos invita a disolver la ocurrencia de ser algo distinto a lo que percibimos y a lo que vivimos. Cada vez que trazamos fronteras, nos alejamos de la percepción de un orden correspondiente, generamos separatividad y alimentamos la pesadilla esquizoide de la disociación. Y cada vez que disolvemos fronteras, somos permeables a la manifestación de correspondencias, generamos reconocimiento con el otro y nutrimos la potencialidad creativa de los vínculos.

El principio de correspondencia nos invita a ver *relación* allí donde nuestra percepción disociada ve *separación*. Y es aquí donde la astrología se muestra como portal a la vivencia transpersonal. La realidad, tal como la registramos desde nuestros inevitables condicionamientos perceptivos en los que conformamos nuestra identidad, se presenta ahora transformada y, por eso, desafía las definiciones de nuestra imagen personal (con su carga de ideas, valores, memorias, afectos y complejos). El alma descubre *vínculos* allí donde el espejismo de la personalidad necesita ver *divisiones*.

Correspondencia entre energía, psicología y hechos

La astrología se compone de símbolos que representan *principios energéticos, vivencias psicológicas* y *acontecimientos*. Tres dimensiones que pueden ser discriminadas (sería patológico no hacerlo). Sin embargo, distinguir esas dimensiones (energética, psicológica y fáctica) no implica disociarlas.

Esto es fundamental: no existen energías por un lado, psiquismos por aquí y sucesos por allá, sino que cada hecho concreto se corresponde con un contenido psicológico y una cualidad energética, tanto como toda vibración energética se corresponde con una vivencia psicológica y con sucesos de la vida cotidiana. *Vibración, psiquis* y *acontecimientos* son planos que se corresponden. *Energía, psicología* y *hechos* son dimensiones diferenciadas que no están separadas.

Diferenciar no implica separar, discriminar no implica dividir. Cada plano de manifestación diferenciado de la realidad se corresponde con los demás, están vinculados entre sí. Es ilusorio suponer que existen de un modo autónomo e independiente; por el contrario, cada plano (energético, psicológico y fáctico) responde a los otros, tiene entidad en una relación de correspondencia con los otros.

Esta es la magia de la astrología. En esto consiste su carácter sorprendente para nuestro habitual estado de percepción de la realidad. La astrología nos permite afirmar, por ejemplo, que *nuestra columna vertebral, la relación con nuestro padre, el vínculo con la ley y el desarrollo del sentido de realidad* se corresponden y que cada alteración en uno de esos planos se está produciendo en los demás. Cuando la práctica astrológica no da cuenta del principio de correspondencia, esto parece irracional, delirante o absurdo. Pero, cuando nuestra vivencia de la astrología incluye el principio de correspondencia, esa respuesta simultánea de distintos niveles comienza a resultar una obviedad que se ve todo el tiempo y en todas partes. Así, el principio de correspondencia se transforma en una evidencia eterna e infinita.

Energía, psiquis y *cuerpo* son distintas dimensiones de una misma realidad. *Vibración energética, vivencia psicológica* y *hecho concreto* se implican recíprocamente y no tienen entidad alguna por separado. En un símbolo, la energía toma forma tanto como la forma expresa energía. En nuestra carta natal, la cualidad del diseño de un momento del cosmos toma forma vivencial en una experiencia humana, tanto como la experiencia concreta de nuestra vida expresa la energía de un diseño del cosmos.

Diseño implica *orden*. Las regularidades que teje el entramado de planetas y el fondo de estrellas revelan un orden sincrónico con el de los sucesos en la Tierra. Ese orden y sus regularidades quedan a disposición del discernimiento humano. El orden del cielo en sincronicidad con el despliegue de nuestra vida. La regularidad del cosmos en sincronicidad con la revelación del ser que nos anima.

Nuestro destino se corresponde con el orden del cosmos. Nuestra vida en la Tierra, con el diseño del cielo.

Bibliografía recomendada

Bailey, Alice. *Los trabajos de Hércules*. Buenos Aires: Fundación Lucis. 1997.

Jung, Carl. *La interpretación de la naturaleza y la psique*. Barcelona: Paidós. 1983.

Tres Iniciados. *El Kybalion.* Buenos Aires: Kier. 1987.

Capítulo 2

UNA EXPERIENCIA POLAR

Ante nosotros se abre una tarea enorme: reunir los opuestos que hemos creado adentro y afuera, liberarnos de la mecanicidad aislante a la que nos hemos habituado, tolerar la información de la cual nos hemos protegido por tanto tiempo, atrevernos a desorganizar la estructura aparentemente eficiente, pero a todas luces peligrosamente limitada de nuestro sistema entero de creencias.

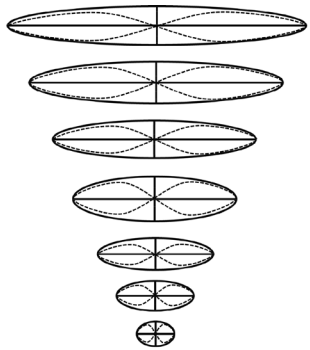
Eugenio Carutti, *Inteligencia planetaria.*

El círculo del mandala

Como símbolo de identidad y de despliegue del ser, que la carta natal sea un mandala resulta fundamental. Que se trate de información *en círculo* y no *en línea* indica que la conciencia no es una flecha disparada en forma recta *hacia el futuro desde el pasado*. Que el mapa de navegación de nuestra vida sea un mandala nos dice que no tenemos (no somos) puntos absolutos de partida y llegada.

Que la carta natal sea un círculo sugiere el viaje de la conciencia como *una experiencia curva*. Ese movimiento en espiral del despliegue del ser es resultado de una dinámica existencial que oscila entre polos. Una dinámica de polaridad. Un pulso que siempre expresa dos movimientos: porque existe un impulso en una dirección, existe otro impulso simultáneo en la dirección compensatoria. El desarrollo de la psique como una doble hélice. El pulso consciente y no consciente que teje nuestra existencia. El yo y el destino en caduceo. La carta natal como dinámica polar en espiral expansiva.

El caduceo.



La carta natal en espiral expansiva.

En un círculo, cada punto tiene su opuesto, cada posición forma eje con otra complementaria, cada polo es *dos polos*. Afirmar un polo es darle entidad a otro polo. En círculo, no existen posiciones separadas ni polos autónomos e independientes. En círculo, solo existen relaciones: posiciones en vínculo y polos en codependencia.

La carta natal como mandala nos dice que somos vínculo, no individuos separados. Somos con otros, somos en relación. Se trata de un enlace inevitable: en círculo, el intento de separarnos nos aproxima a lo rechazado. El repudio es abrazo. Cortar el lazo es reforzar el nudo. La afectación del otro revela el vínculo que tengo con él. La conciencia mandálica disuelve la fantasía de separatividad.

El principio de polaridad nos dice que toda posición se replica en su complementaria, que todo polo está en espejo con otro. Toda definición de *lo que es* expone *lo que no es*. Cada vez que fijo conscientemente *quién soy*, ostento inconscientemente *lo que no sé que soy*. La identificación consciente con determinadas cualidades deja expuesta la negación inconsciente de las opuestas.

Puede parecer un juego de palabras desesperante, solo si lo planteamos como un problema al que queremos darle una solución definitiva. Y eso es lo que hace el pensamiento lineal ante la paradoja circular: ¿cómo hacer para salir de la polaridad y ser plenamente yo? La imagen de un yo pleno, prescindente de toda vincularidad y liberado de aspectos inconscientes, es la fantasía de un yo luminoso e inmaculado que ha conquistado su autenticidad y expresa su genuino ser. Ser conscientes de la dinámica de polaridad implica la disolución de este encanto, el conjuro de este hechizo.

La constancia perceptiva del principio de polaridad y del carácter circular de la dinámica psíquica es la caída de la creencia en un punto de llegada definitivo en el que, gracias a méritos personales, somos conscientes de todo y sabemos perfectamente quiénes somos. En conciencia de la dinámica de polaridad y de su circularidad, queda en evidencia que la real pesadilla es aquella aspiración de conquista final y de que el pulso entre lo consciente y lo inconsciente se detenga. Liberados de ese ensueño, brota la percepción de que somos aquello que creemos ser y lo que no sabemos que somos; o, dando una vuelta de tuerca más, porque creemos ser esa imagen que tenemos de nosotros mismos, quedan velados contenidos legítimos y profundos de nuestro ser. Es el juego de luz y sombra del viaje de la conciencia.

El juego de la luz y la sombra

Bajo su diseño curvo y en espiral, el despliegue de la conciencia no tiene punto de llegada. Es una incesante oscilación entre polos desde que despertamos a la vida hasta que retornamos al misterio. Necesariamente expresa una dinámica de la psique, desde identificaciones polarizadas hacia el reconocimiento de la polaridad, desde la lucha de polos en antagonismo hacia la vivencia yin-yang. El viaje de la conciencia se desarrolla en conflicto con el destino (los hechos del mundo externo y las personas con las que nos relacionamos) hasta que deviene el padecimiento de un colapso. Ese colapso puede ser el fin del viaje: una cristalización terminal que no permite dar respuesta, la instalación de una patología psíquica que fija a la conciencia en repeticiones mecánicas y anula intuiciones creativas. O puede ser un portal a la transformación de la conciencia: la muerte del encanto de ser una entidad separada de la corriente general de la vida y el nacimiento de una conciencia que se reconoce en el destino.

Nos identificamos con fragmentos de la totalidad del ser que nos anima. Y atraemos inconscientemente los contenidos excluidos y complementarios. Nos identificamos con fragmentos de nuestra carta natal y excluimos los contenidos que no confirman esa identidad, negándolos, reprimiéndolos o proyectándolos en los demás y en el destino. La luz proyecta sombra. La luz genera su correspondiente sombra. La imagen personal de nosotros mismos con la que estamos identificados propicia su correspondiente destino. Lo que vemos en los demás y sentimos ajeno

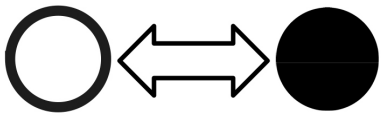
a nosotros, lo que los demás ven en nosotros y juzgamos injusto o equivocado, es el llamado de la sombra a su encuentro. El otro es la sombra.

Nuestras identidades fragmentarias generan destino. El yo atrae destino: experiencias que nos acercan a aquello de lo que intentamos separarnos. El destino como reunión, como cita con lo que soy y evito. Lo evitado es un contenido del ser que me anima y que, no obstante, parece no ser mío, porque contradice la imagen que tengo de mí mismo. Lo evitado es la sombra de esa luz que representa la imagen consciente de mí mismo.

La sombra no es lo que todavía no ha sido iluminado, no es lo que al yo consciente le falta aún integrar del inconsciente. La sombra no es un trabajo que tengo pendiente. La sombra no es deber ser (esto es, un compromiso que debo cumplir). La sombra es el ignorado complemento de la imagen luminosa del ego. La sombra no le pide al yo que mejore, sino que se transforme. La sombra no nos pide crecer como personas, sino morir a la imagen egoica. La madurez de la conciencia no implica una versión mejorada del yo, sino su mutación. No implica sabiduría, sino una alteración de la percepción de la realidad.

En consulta vemos la potencialidad de la carta natal (de una vida) y también el recorte de ella en la que ha hecho identidad la conciencia personal. El yo desarrolla mecanismos de defensa para evitar el contacto con todo el contenido psíquico que ha sido descartado y que representa una amenaza a su existencia. Necesita defenderse por supervivencia: el yo sólo es, sólo subsiste, si se confirman los atributos con los que se ha identificado. Toda información que no refuerce esa sensación de identidad personal es percibida como ajena, como un riesgo mortal. Cuando esos mecanismos defensivos se muestran ineficaces, aparece entonces el sufrimiento psicológico. Y es ese padecimiento el portal a la transformación. Lo único que puede disolver ese dolor es reconocerse en lo temido, aceptar la sombra.

En cada consulta, el reto del astrólogo es descubrir *dinámica de polaridad* en las polarizaciones del consultante. Exponer la oportunidad detrás de cada padecimiento. Ver yin-yang donde la persona sufre antagonismo. Si en el antagonismo la conciencia siente orgullo o satisfacción, entonces no hay consulta. Para percibir yin-yang tiene que haber insatisfacción o dolor. Y ver yin-yang significa percibir la evidente interpenetración de los polos en conflicto, el ineludible abrazo de aquello que parece rechazarse, la creativa cópula de lo que se creía en recíproca exclusión.



Polarización.

Dinámica de polaridad.

El sufrimiento de la persona está en vínculo con lo que la identificación consciente ha dejado afuera. El desafío de la entrevista astrológica consiste en estimular la sensibilidad del consultante (disolviendo el miedo y abriendo confianza) para que se reconozca en (acepte) el destino del cual se siente víctima, en facilitar que el espacio de consulta le permita resignificar su relato de vida desde una nueva luz, es decir, desde una nueva y más comprensiva imagen de sí mismo.

Cada imagen de uno mismo que emerge disuelve a la anterior e inicia una nueva trama de la dinámica de revelación del ser, dinámica que siempre será entre *consciente* e *inconsciente*, *identidad* y *destino*, *luz* y *sombra*. La dinámica no tiene un punto de llegada, no tiene una cima que deba ser alcanzada con destreza o mérito. La dinámica consciente-inconsciente es la sustancia misma de la conciencia. Conciencia es dinámica. Conciencia es viaje. Un viaje que revela un territorio que no puede conocerse si no es desarrollado. La carta natal es el mapa de un territorio que cobra sentido mientras es recorrido. Ese territorio es una vida humana y un destino. La carta natal es el mapa presente de un territorio siempre futuro.

La carta natal delata la parcialidad de nuestra imagen personal. Expone los contenidos con los que nos identificamos tanto como aquellos otros en los que no nos reconocemos y que cobran, entonces, entidad como destino. La carta natal nos informa que ese destino nos pertenece y tiene un potencial de creatividad insospechado. Nos pone en un trance crucial: si aceptamos el destino como propio, cobrarán nuevo significado sucesos y acontecimientos hasta ahora incomprensibles y de los que acaso nos sentimos víctimas. La historia personal y nuestra identidad asociada entran en crisis. Lo que creíamos ajeno y exterior a nosotros comienza a ser percibido como pertinente y propio de una dimensión desconocida de nosotros mismos. Semejante hito no puede dejar de ser una auténtica conmoción existencial. El destino se convierte en una cita con las profundidades de nosotros mismos, en un desafío de creatividad inimaginable, desbordante de vitalidad y verdad.

Dinámica de polaridad y polarización

La dinámica de polaridad es una evidencia perceptiva. La conciencia es un movimiento en despliegue. La conciencia es un ejercicio de polaridad. Percibimos la realidad revelada en polos, nuestra conciencia la descubre oscilando entre ellos. La realidad no es una, sino siempre dos. No somos unidades fijas siempre iguales a sí mismas, sino que somos duales y dinámicos. Somos polaridades desarrolladas en el tiempo. La polaridad es una dinámica, no un problema. La polaridad no se resuelve, se despliega.

La percepción de nosotros mismos como individuos separados implica un condicionamiento y distorsión de la dinámica de polaridad. El discernimiento de la vivencia de un mundo interno y un mundo externo, de mí mismo y los otros, de la imagen personal y el destino, adquiere el convincente carácter de realidad objetiva y el vínculo entre polos se convierte en frontera. Los polos en relación pasan a ser polos en conflicto: el "y" se convierte en "o". En esta disociación, la sensación de identidad personal, de ser yo, queda asociada con la identificación con un polo y, por lo tanto, con la negación del otro. Identificado con mi mundo interno, conmigo mismo y con mi imagen personal, el mundo externo, los otros y el destino se convierten en una amenaza. La identificación fragmentaria del ego personal necesita que la totalidad la confirme. En la fantasía de ser *uno*, la relación con los demás se transforma en un campo de batalla.

La identificación personal con un polo, con fragmentos de la totalidad que somos, implica convertir la dinámica de polaridad en polarización. La polarización es una distorsión psicológica de la dinámica de polaridad. La polarización es el intento de "resolver el problema" de la dinámica de polaridad. La polarización es conflicto: el polo que soy debe prevalecer de un modo definitivo sobre el polo que no soy. Es la pesadilla de la psique humana: la necesidad de controlar la voluntad de los demás y el destino. La polarización es el hechizo autodestructivo de detener el flujo vital y de obligar a que la totalidad responda a un fragmento: la voluntad de los otros y el acontecer del destino giran alrededor de mi necesidad de confirmación existencial.

La polarización es el extremo patológico de la ilusión de separatividad. La polarización es el tóxico encanto de la voluntad individual. Aquella paradójica dinámica de opuestos complementarios queda reducida a la hegemonía absoluta de los pro-

pósitos de un polo. La articulación oscilante entre percepciones se fija en el imperio de una mirada dominante.

En la polarización se pierde contacto con la percepción del juego de luz y sombra como una dinámica, y se cristaliza la batalla entre lo luminoso y lo oscuro. La polarización alimenta la fantasía de un mundo de pura luz, el épico triunfo del bien y la definitiva exclusión del mal. La demonización del otro es proyección de la propia oscuridad y evidencia la incapacidad de reconocerla en uno mismo como parte de una dinámica creativa. Pretender ser pura luz genera un mundo de oscuridad.

La paradoja de la integración

La polarización no es un problema que se resuelva o una tensión que desaparezca al desalojar los polos para permanecer en el "justo punto medio". La polarización se disuelve recuperando conciencia de relación, aceptando un constante recorrido oscilatorio sin detenerse en los polos. El hechizo de la polarización se conjura siendo sensibles a la dinámica de polaridad. La tensión de las visiones polarizadas de nuestro ego se desvanece en el paciente ejercicio de reconocernos *vínculo*.

La propia dinámica de nuestro psiquismo reproduce esa danza de interacción entre el yo consciente y el inconsciente. El desafío de comprensión e inclusión de los demás, la aceptación de nuestros vínculos como parte de la dinámica del propio proceso psíquico, es conciencia.

Al desconfiar de los demás, el ego intenta confirmarse a sí mismo y eludir el encuentro con niveles más creativos de su ser. El ego pretende que el universo confirme la imagen que tiene de sí mismo, porque teme a la revelación de su misterio. El ego cree que es algo separado de la corriente de la vida. Se separa de ella e intenta controlarla. Y sabemos que separación es conflicto, miedo es sufrimiento.

Integrar la conciencia vincular es desintegrar las fantasías del yo. Integrar conciencia de polaridad es desintegrar el encanto de las posiciones fijas. La integración no implica ser ajenos a los polos estableciendo un nuevo punto fijo equidistante de los extremos, sino reconocer a ambos como naturalmente necesarios al despliegue de una intención de la vida. El encuentro integrador de polos no es una gracia de la tolerancia, sino una orgánica asimilación amorosa. Es desencantar el "o" y recuperar el "y".

Integrar la polaridad es desintegrar la fantasía de un centro consciente (un yo) capaz de integrarlo todo. Integrar la sombra es desintegrar la luz.

La aspiración de integración total y definitiva es inconveniente y engañosa, porque promueve inevitablemente la ilusión omnipotente de convertirnos en un ser de pura luz. El "deseo de integrar" genera sombra. Para evitar este riesgo debemos entrar en paradoja. El modo más creativo de significar el "anhelo de integración" es obligarlo a negarse a sí mismo: *integrar es desintegrar*.

Personalidad y alma

Más allá de la intención consciente con la que nos aproximamos a la astrología, es la astrología la que mostrará que se propone algo con nosotros. En los meritorios deseos de mejorar como personas o de alcanzar la integración personal, el alma encuentra una oportunidad para transparentar sus propósitos. Y el alma no ofrece que nos mejoremos, sino que necesita y pide que nos transformemos.

La personalidad aspira a confirmarse a sí misma y para eso se compromete a "mejorar y saber más".

El alma aspira a liberar y para eso promueve la transformación de toda forma fija de identidad.

La personalidad no quiere transformarse, sino ratificarse.

El alma no quiere fijarse, sino circular.

Y en esta dinámica entre personalidad y alma, entre lo que anhela permanecer y lo que propicia mutar, se desarrolla el viaje de la conciencia.

En algún momento de nuestro encuentro con la astrología se despertará un estímulo vital, se encenderá la confianza en un vivo sentido existencial. Allí, el dolor será descubrir que ya no es posible responder a ese llamado de expansión y trascendencia que ha brotado en el corazón, sin aceptar la muerte de esa imagen personal que quiere mejorar. Esa imagen personal no tiene la capacidad de contener ni de integrar aquello a lo que la conciencia ya se ha hecho sensible. Porque eso que la conciencia ha comenzado a experimentar va a desafiar *necesariamente* la seguridad de lo que creo ser y (fundamentalmente) el orgullo de lo que creo no ser. Esa inédita sensibilidad que comienza a traslucirse va a dejar en evidencia la percepción de

un ser mucho más complejo y rico de lo que la luminosa imagen que tengo de mí mismo dice.

Dar cuenta de esa complejidad requiere reconocernos en contenidos oscuros que hasta ahora parecieron ajenos, externos o azarosos. La imagen luminosa de nosotros mismos inconscientemente se ha configurado en oposición a esos contenidos repudiados. Por lo tanto, el desafío de expansión de conciencia implica *necesariamente* reconocernos en lo que rechazamos, tememos o negamos, y que seguramente sancionamos en los demás.

La emergencia del alma obliga a abrir el miedo. Expuesto el miedo, la identidad construida para defenderse de él se pulveriza. Como los muertos o los fantasmas, será polvo. La sensación de identidad será otra, el mundo externo se habrá revolucionado.

De modo que, en determinado momento del viaje, la personalidad que anhela "saber más y mejorar" se descubre sensible a la sombra de sus creencias, convicciones, seguridades y sentimiento de dignidad personal. A la conciencia se le plantea entonces una encrucijada. Solo tiene la opción de morir a esa identidad personal o de reprimir aquel –incómodo y sombrío– contenido emergente. Pero la opción es falsa. Porque en el éxito de esa represión únicamente generaría dolor personal, intoxicación vincular y catástrofes de destino. En verdad, no hay opción alguna. Ante la evidencia de lo que ha permanecido oculto en nuestro inconsciente, su evitación es solo la sufrida postergación de un encuentro grabado en el destino.

En ese proceso del despliegue de la conciencia –del que la personalidad participa con la aspiración de confirmarse y dispuesta a adquirir mayor conocimiento y sabiduría– comienza a hacerse evidente *la intención del alma*: la estimulación de una muy peculiar sensibilidad (no personal, no deliberada, sino transpersonal y que toma por sorpresa) que habilita la percepción de que el mundo interno y el mundo externo, la identidad personal y los otros, lo que siento ser y el destino, son dimensiones de un único juego, polos de una misma dinámica, planos de manifestación de un mismo ser que, presentándose separados, se corresponden inevitablemente.

La astrología tiene el potencial de poner esas intenciones del alma a nuestro alcance, de transparentarlas a nuestra conciencia. Y allí se presenta la paradoja: *todo lo que florece a nuestra percepción –y la conmoción que experimentamos– a partir del sutil y poderoso estímulo de los símbolos astrológicos, no puede ser contenido en los valores, creencias, memorias, afectos y proyectos que configuran nuestra personalidad.*

Si la conciencia quiere responder a ese llamado de confianza y expansión, entonces la identificación consciente con nuestra personalidad debe morir. Se hace explícito que no es nuestra identidad personal la que se expande, crece y se hace más grande, sino que tal expansión de conciencia permite ver la insuficiencia de esa forma de identidad, vivenciar otra realidad de lo que somos.

Esa imagen egoica que habitamos, por su propia condición constitutiva, nos brinda la segura sensación de ser individuos definidos. Y lo hace a partir de promover la muy convincente creencia de estar separados de los demás, del mundo y de la corriente de la vida. La sensación de "ser yo" es *necesariamente* separativa. La identificación con la imagen luminosa de nosotros mismos vive en el hechizo de la polarización; se alimenta de él y lo reproduce. Y, por eso, esa sensación de identidad separativa representa *necesariamente* un obstáculo a la sensibilidad de un orden amoroso. Una barrera que impide que el alma fecunde a la conciencia en la percepción de correspondencias, vínculos y relaciones entre aquello que parece presentarse ajeno, separado y disociado.

La transformación es la muerte de esa sensación de identidad específica y separativa. Es nuestra identificación excluyente con esa imagen mental y afectiva de nosotros mismos la que habrá de colapsar. En su dinámica incesante, el alma impregna a la conciencia, desbordando la personalidad conocida. La conciencia, entonces, se reorganiza en la transformación de esa identidad personal, generando una nueva personalidad (sensación de ser yo) capaz de contener mayor complejidad y, por lo tanto, cada vez menos excluyente y separativa. Y esa personalidad, en algún momento, a partir de un nuevo estímulo del alma, también cesará.

Aceptar transformarnos antes que mejorar es reconocernos en esta dinámica eterna. Ya no ser un *yo separado*, para asumir ser *yo en vínculo* (con los otros, con los hechos, con las cosas del mundo). La conciencia de una dinámica de polaridad y no una identidad polarizada. La expresión de una perpetua danza entre personalidad y alma, no el triunfo de una sobre otra. La conciencia participando de un juego que no tendrá ni final ni ganadores.

Concretamente, no se trata de dejar de mostrar una personalidad, sino de ya no poder sostener la creencia de que somos esa imagen (aunque creamos haberla mejorado). Por cierto, hay un valor en desarrollar una identidad personal, hay una funcionalidad orgánica. No sostenernos en los bordes de una personalidad nos dejaría

condicionados a la voluntad de otros, dependientes y sin posibilidades de asumir responsabilidad sobre los desafíos de la vida cotidiana. Definir límites personales es un logro evolutivo y saludable. Pero estar identificados con esos bordes y límites convierte el mundo de las relaciones en un infierno y genera la pesadilla del sufrimiento psicológico. La batalla contra los demás para confirmar quien creo ser. El encuentro con el otro como lucha de poder antes que como experiencia de transformación. Allí, la sana y necesaria diferenciación personal se cristaliza (en el mejor de los casos) en disociación neurótica.

¿Cómo habitar nuestra personalidad sin identificarnos con ella, manteniéndonos abiertos a la transformación que el encuentro con el destino (los otros, los hechos) promueve incesantemente? ¿Cómo responder a los propósitos del alma, sosteniendo y ejerciendo la funcional singularidad personal en el mundo? ¿Cómo abrir *amorosidad* sin confundirnos en un extravío caótico? ¿Cómo diferenciarnos sin disociarnos de la corriente de la vida?

Bibliografía recomendada

Bailey, Alice. *Tratado sobre los siete rayos. Psicología esotérica II.* Buenos Aires: Fundación Lucis. 1994.

Carutti, Eugenio. *Inteligencia planetaria.* Buenos Aires: Vladi Editions. 2014.

Jung, Carl. *Aion*. Barcelona: Paidós. 1997.

–. *El hombre y sus símbolos.* Barcelona: Caralt. 1984.

Jung, Carl y Wilhelm, Richard. *El secreto de la flor de oro.* México: Paidós. 1987.

Tres Iniciados. *El Kybalion.* Buenos Aires: Kier. 1987.

Wilber, Ken. *La conciencia sin fronteras*. Barcelona: Kairós. 1990.

ÍNDICE

PRÓLOGO, Beatriz Leveratto 3
INTRODUCCIÓN 7

Primera parte: EL SÍMBOLO DE LA CARTA NATAL 11
Capítulo 1: UNA CARTA DE NAVEGACIÓN 13
Distintas metáforas de una carta natal 13
Cielo y Tierra en correspondencia 16
Correspondencia entre energía, psicología y hechos 19
Capítulo 2: UNA EXPERIENCIA POLAR 21
El círculo del mandala 21
El juego de la luz y la sombra 23
Dinámica de polaridad y polarización 26
La paradoja de la integración 27
Personalidad y alma 28
Capítulo 3: UNA REVELACIÓN DEL MISTERIO 33
Dos disposiciones básicas en la interpretación astrológica 33
Conciencias en revelación, destinos en revelación 34
Ni conocimiento ni sabiduría ni mejora 36
La emergencia de un orden 37
Carta natal: imagen y construcción 38
El destino y el abrazo 40

Segunda parte: LA ESTRUCTURA DE LA CARTA NATAL 43
Capítulo 4: DISEÑO Y FORMA 45
La mirada inocente 45
Hemisferios y cuadrantes 47
Configuraciones planetarias 53
Planetas en ángulos 58
El gobernante de la carta 61
Planeta aislado y planeta feral 62
Modalidad preponderante por planetas: la cadencia de la personalidad 64
Modalidades de la cruz natal: la cadencia del alma 65
Cruz natal con modalidades combinadas 67
El caso de Kurt Cobain 69
Capítulo 5: EL BALANCE DE ELEMENTOS 75
Los elementos. Complementariedad, afinidad y antagonismo 77

Las funciones de la percepción y su dinámica psíquica 79
El balance cualitativo de elementos 80
Los elementos en cada posición 85
Fuego principal - Tierra distante 85
Tierra principal - Fuego distante 87
Aire principal - Agua distante 89
Agua principal - Aire distante 92
Fuego secundario - Tierra aparente 94
Tierra secundaria - Fuego aparente 94
Aire secundario - Agua aparente 95
Agua secundaria - Aire aparente 96
Tipologías elementales 97
Tipos elementales puros 97
Tipos elementales combinados 98
El caso de Jorge Luis Borges 100
Preguntas frecuentes 107
Capítulo 6: COMBINACIÓN DE MATRICES 109
Los atributos de la trama: planetas en signos, casas y aspectos 109
Apreciación de afinidades y disonancias 114
Recortes de cualidades afines 115
Contradicción y paradoja 121
Disociación y doble vínculo 124
El caso de Sandro 126

Tercera parte: LA DINÁMICA DE LA CARTA NATAL 133
Capítulo 7: EL DESARROLLO DE LA CONCIENCIA 135
El viaje de la conciencia 135
Conciencia en dinámica de polaridad 141
Los estadios de conciencia 144
La carta natal y los estadios de conciencia 146
Los estadios como organizadores de identidad y activadores de significado 152
Preguntas frecuentes 155
Capítulo 8: LA CONTENCIÓN LUNAR 157
Contenidos astrológicos del estadio de contención lunar 157
La construcción de la autoimagen lunar 158
Deseo, miedo y autoimagen lunar 162
La memoria del trauma y el perdón 165
El significado lunar de signos, planetas y casas 167
Preguntas frecuentes 171

Capítulo 9: LA EXPRESIÓN SOLAR 173
Contenidos astrológicos del estadio de expresión solar 173
La experiencia del ego solar 174
El Sol como centro y como nexo 175
Conciencia adolescente y proyección solar 177
Identidad solar, memoria y porvenir 181
La expresión solar y los planetas de la personalidad 185
El significado solar de signos, planetas y casas 191
Preguntas frecuentes 194
Capítulo 10: LA CRISIS QUIRONIANA 197
El concepto de resiliencia en psicología 198
La experiencia del dolor y la voluntad de sentido 199
Quirón como función planetaria en astrología 201
La polarización quironiana 205
El sanador herido y el talento residente 207
Claves de interpretación astrológica 212
El caso de Elisabeth Kübler-Ross 213
Preguntas frecuentes 217
Capítulo 11: LA REVELACIÓN TRANSPERSONAL 219
Contenidos astrológicos del estadio de revelación transpersonal 219
El ego y la dimensión transpersonal 220
Más allá del ego 222
La isla del yo frente a lo transpersonal 223
Júpiter y Saturno como pulso regulador de la expansión 227
Planetas transpersonales y los ejes de identidad 230
Las polarizaciones transpersonales 233
El caso de Charles Chaplin 239
El Ascendente, la resistencia de la memoria y el don del pasado 245
El caso de Nelson Mandela 255
La dirección del eje nodal 259
El enigma de la casa XII 263
El caso de John Nash 270
El significado transpersonal de signos, planetas y casas 274
Preguntas frecuentes 276
Capítulo 12: LA DISTORSIÓN TRANSPERSONAL 279
La distorsión transpersonal y la psicosis 279
El caso de David Helfgott 287
Lo mitológico y lo transpersonal 295
Más allá del encanto arquetípico 297
Preguntas frecuentes 301

ALEJANDRO LODI

Astrología, conciencia y destino

¿Qué nos dice una carta natal? Que en nuestra vida se transparenta un orden. Y ese orden da cuenta de otra realidad.

El destino, lo que ocurre "allí afuera" a favor de lo que deseamos o en su contra, en verdad, trasluce lo que profundamente somos. Los hechos que vivimos y las relaciones que establecemos con los demás, nos brindan información sobre nuestro más auténtico y desconocido ser, permitiendo descubrir lo que ignoramos acerca de nosotros mismos.

El encuentro con el destino es una revelación del alma. En nuestra vida hay "otra vida", una potencialidad creativa que se mantiene latente mientras el ego se obstina en confirmarse (es decir, en repetirse) a sí mismo. Nuestra personalidad –la imagen de nosotros con la que permanecemos identificados- vela la verdad de nuestra alma. El estudio astrológico de la carta natal abre significados, expone a la luz de la conciencia claves que nos acercan al misterio que anima a nuestra existencia. Antes que una herramienta para lograr lo que nos proponemos con la vida, la carta natal es una metáfora de los propósitos que la vida tiene con nosotros.

El mapa natal es la carta de navegación de un viaje transpersonal, una guía oportuna en la epopeya del alma.

ISBN 978-950-17-9819-7

9 789501 798197

KIER / ASTROLOGÍA

/editorialkier